

- poner coto á mi furor.
¿No te avergüenza el murmullo
que produjo tu altivez?
- LUISA. Á mí, Julian, la honradez
tan solo me inspira orgullo.
- JULIAN. Vamos, bien, Luisa; no hay medio:
no me obligues á que insista:
déjame, porque tu vista,
sin querer, me causa tedio.
Pues di fin á mi papel
en esa farsa social,
ya que soy quien sufre el mal
déjame luchar con él.
(Viéndola llorar.)
Llora, si: dame otra escena.
- LUISA. Con llanto mi rostro inundo
porque miro que en el mundo
de nada sirve el ser buena.
- JULIAN. No vayas buscando el modo
de encontrarle el prisma bello,
porque cuando pienso en ello
me encuentro capaz de todo;
hasta de odiar tu conciencia,
que un grito vino á lanzar
cuando ya te iba á arrancar
del poder de la indigencia.
Mil risueñas ilusiones
con tus dicterios villanos
me robaste, entre las manos
dejándome sus girones.
- LUISA. Pero, Julian, nuestra hija...
- JULIAN. Por ella eres criminal.
¿Qué harás cuando de su mal
estrecha cuenta te exija?
Dirá la honrada mujer
al escuchar su estertor:
¿tienes hambre? toma honor:
y la verás perecer.
- LUISA. Basta: ya miro que aun pugnan
tus pasiones por triunfar,
y observo que á mi pesar
tus palabras me repugnan.

Al borde de un precipicio
su planta desliza el hombre
que sin comprender su nombre
ha divinizado el vicio.
Pero aunque camine en pos
de tan cínica demencia,
yo obedezco á mi conciencia,
porque antes que el hombre es Dios.

JULIAN. ¡Luisa!

LUISA.

De que no hay quien vengza
tu altivez miro el indicio,
porque tú, Julian, el vicio
compraste con la vergüenza.
Mas cuando mi voz te rete,
verdugo de tu familia...

JULIAN. ¡Luisa!

(Amenazándola en un rapto de furor. En este momento se oyen varios golpes en la puerta.)

El infierno te auxilia.

LUISA.

No, Julian, Dios.

JULIAN.

Vete, vete.

(Conduce violentamente á Luisa á su cuarto, y se dirige á abrir la puerta del foro, con cierto retraimiento que indique su repugnancia y asombro.)

ESCENA VII.

JULIAN y RICARDO.

JULIAN.

¿Quién podrá ser? Mi pie tardo
camina con paso incierto.

¿Si alguien me habrá descubierto?

No es posible.—¿Quién?—¡Ricardo!

(Abriendo la puerta de par en par, que cierra Ricardo tras sí.)

Ric.

¿Te admiras de verme?

JULIAN.

Si.

¿Mas cómo...

Ric.

Tu afan reporta;
pues ya el cómo nada importa
supuesto que estoy aqui.

JULIAN.

¿Te has convertido en mi juez?

- RIC. Puede.
- JULIAN. ¿Ó es que á Luisa al paso
del duelo trajiste?
- RIC. Acaso.
- JULIAN. ¡Me han sorprendido!
- RIC. Tal vez.
- JULIAN. ¿Quien mis umbrales traspasa
no abusa de mi favor?
- RIC. Puede que tengas valor
de arrojarme de tu casa.
- JULIAN. Yo no he dicho...
- RIC. Mas yo si;
que aunque el decirlo dé pena,
menos cualquier accion buena
todo, Julian, cabe en tí.
Siéntate.
- JULIAN. ¿Pero la causa
no sabré de tu venida?
- RIC. Siéntate, porque á tu vida
le vendrá bien esta pausa.
Si mis frases te deprimen
calla aunque te suenen mal;
porque es ley que el criminal
nunca conozca su crimen.
Y aun juzgo que no hay quien venza
tu instinto vil, repugnante,
cuando al tenerme delante
no te mueres de vergüenza.
- JULIAN. Medita con detencion
antes que tus labios abras,
porque tan duras palabras
exigen explicacion.
- RIC. La verdad no tiene duda;
solo medita el que miente:
cuando el corazon lo siente
la frase sale desnuda,
como las que Luisa ayer
dejó en tu conciencia escritas.
Julian, si el honor le quitas,
¿qué le queda á la mujer?
- JULIAN. De contrariarte no trato
porque es justo tu reproche;



pero en el lance de anoche
no miraste en tu arrebató
que al proclamarse inocente
de algun modo, á no dudar,
se habia de vindicar
delante de aquella gente.

RIC. Julian, tú estás delirante.

¿Cómo quieres que me asombre?
Tanto cinismo en un hombre
ya llega á ser repugnante.
Si atrevido se levanta
de tu crimen al arrullo,
hoy tu miserable orgullo
vengo yo á hollar con mi planta.

De tu vida los abrojos
te ocultan el precipicio.

¿Por ventura de tu vicio
no son testigo mis ojos?

En tu porte, en tu altivez,
¿no miro que hambre ocultando

vas tu desnudez tapando
con tu propia desnudez?

¿Y aun vas de su afrenta en pos
y sus lágrimas provocas!

JULIAN. ¡Dios mio!

RIC.

¿Por qué le invocas
si tú no temes ni á Dios?

Y óyeme mal que te cuadre:
quien su honra así ha deprimido,

hasta debe de haber sido
mal hijo para su madre.

¿Tiemblas? Tu vista confusa
respuesta es hartó elocuente,

y escrito miro en tu frente
que tu conciencia te acusa.

Si te he calumniado, dílo,
para pedirte perdon.

Responda tu corazón.
(Poniéndole la mano en el pecho.)

¿Ves, Julian? no está tranquilo.

JULIAN. Si, Ricardo; mas detente;
que aunque mis culpas deplora,

- por piedad, que el mundo ignore
que ante tí bajé la frente.
- RIC. ¿Crees que á muerte te sentencias
si pobre al mundo te exhibes!
Pero, Julian, ¿cómo vives
sin luz, sin fé, sin creencias?
- JULIAN. Porque á otros hombres contemplo
que igual senda que yo siguen;
y como su afán consiguen
trato de imitar su ejemplo.
La mentira entre nosotros
es verdad si es oportuna:
unos mienten con fortuna,
y como yo mienten otros.
Y si el plan que fraguar supe,
por dicha no fracasara,
no enrojeciera hoy mi cara
quien de ese modo la escupe.
- RIC. Pero al ver estos despojos,
tal miseria... me confundo!
¿cómo viviendo en el mundo
la has ocultado á sus ojos?
- JULIAN. Porque en vano el golpe esquivas
que el sino te preparó.
Los que viven como yo
tienen mil alternativas.
Mi desgracia es muy reciente;
mas como mi pecho oprime
hice un esfuerzo sublime
para arrostrarla de frente.
Vencido ya, inútil es...
Todo medio está agotado;
y al fin en mí se ha cebado
de la manera que ves.
- RIC. Y tú, Julian, ¿qué partido
piensas tomar en tal trance?
- JULIAN. Pensé morir en el lance;
pero Dios no lo ha querido.
- RIC. ¿Pero habrás tomado en cuenta
tu porvenir?
- JULIAN. No.
- RIC. Me extraña.

- JULIAN. Pensaba lejos de España
partir á ocultar mi afrenta,
PERO... (Fingiendo contener una lágrima.)
- RIC. (Ap.) Una lágrima oscila
en sus ojos.
- JULIAN. (Con abatimiento.)
¡Qué consigo!
Ya no me queda un amigo.
- RIC. (Ap.) ¡Pobre Julian!
- JULIAN. (Ap. con alegría.)
(Ya vacila.)
Daré rienda á mi quebranto
hasta que apure sus heces.
- RIC. (Tras breve pausa.)
Me has mentido tantas veces
que dudo hasta de tu llanto.
Por supuesto tu partida,
caso de que se efectuara,
¿los ímpetus no calmara
de tan azarosa vida?
- JULIAN. (Ap.) (Ya es mio.)—No; mi conciencia
me acusa con tal encono,
que mas glorias no ambiciono
que una tranquila existencia,
trocar mi llanto en sonrisa;
y si Dios me oye benigno,
ser al perdonarme digno
del cariño de mi Luisa.
Que si tras males insanos
llega uno el bien á tocar,
teme que hasta al respirar
se vaya de entre las manos.
(Con marcada intencion.)
- RIC. (Con resolucion.)
Partirás hoy mismo.
- JULIAN. ¿Si?
te bendigo, te venero.
- RIC. No, Julian; es porque quiero
tenerte lejos de mí.
Partirás adonde quieras,
que á ello mi deber me obliga.
Luego, el cielo te bendiga

si por fin te regeneras.
JULIAN. Me has sacado de un abismo.
RIC. Adios: no tardo en volver.
Este hombre es capaz de hacer
que dude hasta de mí mismo.

ESCENA VIII.

JULIAN.

JULIAN. Ya respiro libremente:
si: me marchó á su pesar
sin tenerme que humillar,
delante de aquella gente.
Allí realizo mi sueño.
Vuelvo á respirar mejor.
Cuanto miro en derredor
se me figura pequeño.
Me he de igualar á esos seres
que vejetan sin saber,
que este mundo por do quier
está brindando placeres?
No, jamás; es imposible
sabiendo raciocinar.
Dios debió hacer á la par
al hombre pobre insensible.
(Llamando.) ¡Luisa!—Si á esta con cariño
la consigo convencer...
Mintamos. Á la mujer
se la engaña como á un niño.

ESCENA IX.

JULIAN y LUISA.

LUISA. Julian, ¿me llamabas?
JULIAN. Sí:
tengo que hablarte. (¡Valor!)
(Viéndola llorar.)
Calma, Luisa, tu dolor,
y siéntate junto á mí.
—Puesto que de aquella gente

ya libres por fin nos vemos,
hoy, mas tranquilos, hablemos
intima y sinceramente.

LUISA. Ya te escucho.

JULIAN. Tu quebranto
desde este momento olvida,
porque á costa de mi vida
quisiera enjugar tu llanto.

LUISA. ¡Ay, Julian!

JULIAN. ¿Qué has de decirme

que no aumente mi afliccion?

Si, Luisa, tienes razon
hasta para maldecirme.

El que vive entre el placer,
aunque el bien se le recuerde,
no sabe hasta que la pierde
cuánto vale la mujer.

Con falsa ilusion su calma
principia por alterar,

y acaba por olvidar
los puros goces del alma;
ese dulce sentimiento

que cual flor de rica esencia,
al brotar en la existencia

la perfuma con su aliento;
que el hombre como el quebranto

en lágrimas le convierte;
pero que avaro las vierte

para que dure aquel llanto.
Confuso ante tí le invoco.

LUISA. (Conmovida.)

¡Julian!

JULIAN. ¿Lloras?

LUISA. De placer,

de alegria. ¡La mujer
es tan feliz con tan poco!

JULIAN. ¿Con que mi culpa el perdon
alcanza que solicita?

LUISA. ¡Si el perdon le necesita
mi angustiado corazon!

Si tú no sabes, Julian,
mi pena en esos instantes;

ni hallo palabras bastantes
con que pintarte mi afan,
al ver que mi desacierto
comprometió tu existencia.

¡Ay! ¡me mata la conciencia
si en el lance quedas muerto!

Olvidemos ya esta pena
y nuestros mútuos deslices.

¡Vamos á ser tan felices!

JULIAN. (¡Nunca la soñé tan buena!)

Tú conmigo convendrás

que, á fin de evitar mas saña,

preciso es salir de España

para no volver jamás.

LUISA. Á tu propósito accedo;

pero...

(Como indicándole la imposibilidad de verificarlo, á
lo que Julian contesta con un gesto de satisfaccion.)

No busques el modo.

Mira que á pesar de todo

sin querer te tengo miedo.

JULIAN. Desecha todo temor,

que ningun proyecto abrigo.

Ricardo, mi buen amigo,

me dispensa este favor.

No hallo gratitud bastante

con que poderle pagar.

LUISA. ¿Y cuándo piensas marchar?

JULIAN. Hoy mismo, Luisa, al instante.

LUISA. Bendeciremos los dos

al que enjuga el llanto ageno.

¿Lo ves, Julian? al que es bueno

no le falta nunca Dios.

Pero ¡ay! con tanta alegría

me olvido lo mas sensible.

Partir hoy es imposible.

JULIAN. ¿Cómo? ¿por qué?

LUISA. Por Maria.

Caro paga tu extravio.

JULIAN. Pero no hay modo de hacer...

LUISA. ¡Si no se puede mover!

da lástima el ángel mio.

- JULIAN. (Con miedo.)
¿Se muere?
- LUISA. No.
- JULIAN. (Ap.) ¡Qué tortura!
¿Pero hay peligro?
- LUISA. Tampoco.
¿Pero te parece poco
la tos y la calentura?
- JULIAN. Como anoche la dejaste
por el maldecido afán
del baile...
- LUISA. Por Dios, Julian;
¡si á la fuerza me llevaste!
Sabes que nadie contiene
tu voluntad mala ó buena,
y que nos costó una escena...
- JULIAN. ¿Pero la niña, qué tiene?
- LUISA. Tiene... no quisiera yo
darte un disgusto...
- JULIAN. No importa.
- LUISA. Oye y tu ansiedad reporta.
- JULIAN. ¿Pero no se muere?
- LUISA. No.
Aunque oírlo no te cuadre,
si he de ser franca y leal...
lo que es la culpa del mal
solo la tiene su padre.
- JULIAN. ¿Yo?
- LUISA. Tú. Porque del placer
la falsa huella buscando
no has visto que ibas matando
la ilusión de tu mujer,
que ya triste y abatida
sufriendo tanto desman
era para mí, Julian,
pesada carga la vida.
Y al hacerme con exceso
recordar mi padecer,
me quitabas el placer
de darle á mi niña un beso.
Que enferma, y sin el arrimo
de su cariñosa madre,

tampoco ha visto en su padre
ni una caricia, ni un mimo.

JULIAN. ¡Maldito mundo!

LUISA. Además
de estas razones, ya sabes
que existen otras mas graves.

JULIAN. ¡Luisa!

LUISA. Pero mucho mas.

Ya ves; tu vida azarosa
despues de mil sinsabores,
nos da á palpar los horrores
de una miseria espantosa.
Siempre soñando que alcanzas
ese triunfo maldecido,
por fin nos has reducido
á vivir sin esperanzas.

Justo es que nuestras pasiones
purguemos; pero tortura
que esa pobre criatura
sufra tantas privaciones.

Ahí tienes el ángel mio
que en un dia tan cruel,
la tengo en el cuarto aquel
muriéndoseme de frio.

Ya no hay recursos, Julian,
y el pensarlo me da miedo:
si despierta, hasta ni puedo
darle un pedazo de pan.

JULIAN. (Enjugando una lágrima.)

¡Caro purgo mi delito!

LUISA. ¿Ves? te hago el llanto asomar.

JULIAN. Luisa, déjame llorar
porque bien lo necesito.

Mas Ricardo... Ya me apura...

Si despertase Maria...

LUISA. Julian, calma tu agonía
que hoy se convierte en ventura.

Verás: con ese recurso
podrás su vida salvar,
y lejos de España dar
á la tuya nuevo curso.

Tú te alejas hoy de aqui,

y así, calmando tu pena,
cuando la niña esté buena
nos uniremos á tí.

Y entonces que ya la calma
nos predisponga al placer,
podrán en tí renacer
los puros goces del alma.
Mil risueñas ilusiones
sucederán á tus males.
libre de farsas sociales
y de agitadas pasiones.

JULIAN.

Si, Luisa.

LUISA.

Pues felizmente
te vas á regenerar,
tendrás orgullo en ganar
tu sustento honradamente.
Y cuando ya fatigado
de tus continuas tareas,
entres en tu casa y veas
en nuestro rostro pintado
el gozo que á esas delicias
un puro amor eslabona,
y tu niña juguetona
colmándote de caricias,
comprenderás de una vez
que no hay goce para el alma
como el de la dulce calma
que produce la honradez.

JULIAN.

Si, Luisa: me has confundido:
pero en vano inquiero el modo...

Yo lo he dominado todo
y esta mujer me ha vencido.

Yo os sacrificué á las dos
y estos recuerdos me oprimen,
porque al conocer mi crimen
empiezo á temer á Dios.

LUISA.

Con razon tu vicio afeas
y tu redencion coronas.

(Golpes en la puerta.)

JULIAN.

(Con inmensa alegría.)

¡Ah!

LUISA.

¡Ricardo!

JULIAN. (Precipitadamente.)

¿Me perdonas?

LUISA. (Con rubor.)

¿Yo, Julian?

JULIAN. (Besándola la mano.)

¡Bendita seas!

ESCENA X.

DICHOS y RICARDO.

JULIAN. (Abriendo.)

¡Ah! ¡por fin!

RIC. ¡Mucho te apuras

por mi tardanza, Julian!

(Viendo llorar á Luisa.)

¿Qué es eso? ¿llanto?—Á tu afan

no bastan sus desventuras

que aun pretendes aumentarlas?

LUISA. No, Ricardo.

RIC. Al parecer...

LUISA. Son lágrimas de placer

que da pena el enjugarlas.

RIC. Goza el ave de rapiña

destrozando la paloma.

JULIAN. (¡Qué ansiedad!) ¿Y aquello?

RIC. (Sacando unos billetes.) Toma.

LUISA. (Sin poder contener su alegría.)

¡Ay! ¡ya tiene pan mi niña!

(Ricardo que al ir á darle á Julian los billetes oye la

exclamacion de Luisa, le detiene, apretándolos con-

vulsivamente entre las manos.)

RIC. ¿Cómo? ¿tienes hijos?

JULIAN. Si:

una hija que es mi conciencia.

RIC. Me voy porque tu presencia

me está avergonzando á mí.

(Hace adoman de salir.)

JULIAN. Ricardo, escucha.

LUISA. ¡Por Dios!

RIC. Pensé al calmar tus afanes

que solo de tus desmanes

erais víctimas los dos.
Pues lo quieres, en el mundo
sufre tus males prolijos:
¡pero inmolar á tus hijos!
eso es ya lo mas inmundó.
Y al tomar tu accion en cuenta
principio por mi favor
negarte, y en mi furor
hacer pública tu afrenta.

JULIAN. No. (Deteniéndole.)

LUISA. ¡Ricardo!

JULIAN. Harto me oprimen
tus frases.

RIC. ¡Tiembblas!—¿Y ayer?

el miedo se ha de tener
antes de efectuar el crimen.

JULIAN. Si, Ricardo, delinquí:

yo me execro y me confundo;
pero que lo ignore el mundo,
no por él, sino por mí.

No es que el orgullo me venza
con su prisma seductor;
es que al perder el honor
me ha quedado la vergüenza.

RIC. Á tus palabras no quiero
dar crédito; es imposible.

LUISA. (Ap.) ¡Qué tormento tan horrible!

RIC. Adios, adios.

(Al ir á lanzarse á la puerta le detiene Julian.)

JULIAN. Yo primero.

Si tu conciencia despues
te acusa sin compasion...

(Teniendo cogida la puerta para abrirla.)

LUISA. (Corriendo á él.)

¡Julian!

RIC. (Deteniéndola.)

¡Si todo es ficcion!

Vamos.

JULIAN. Vamos.—¡El Marqués!

(Abre la puerta de par en par, y aparecen en el
foro Enriqueta y su padre. Julian queda sumamente
abatido.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el MARQUÉS y ENRIQUETA.

LUISA. (Echándose en sus brazos.)
¡Enriqueta!

RIC. (Al Marqués.)

Mire usted,
y execre usted hasta el nombre
del padre atroz, del vil hombre...

JULIAN. ¡Ricardo!

MARQ.

Todo lo sé.
Julian, este pobre anciano
aun resiste á convencerse
de que usted no quiere hacerse
digno de estrechar su mano.
Ya que me lanza usted el reto
con sus acciones villanas,
vengo á ver si con mis canas
puedo infundirle respeto.
Que mal que á su orgullo cuadre
y á su insensata altivez
evoque al trocarme en juez
el recuerdo de su padre.

JULIAN.

(Haciendo un esfuerzo.)
Diré sin dar al olvido
las canas que usted ostenta
que yo á nadie rindo cuenta
porque á nadie se la pido.
Y otro que usted pagaria
severamente el desman
de acriminarme...

LUISA. (Ap. á Julian.) Julian,
se ha despertado Maria.

JULIAN.

(Declinando su altivez gradualmente.)
(¡Ah!) Pero invoca usted un nombre
en que mi respeto fijo,
y ante el cual todo buen hijo
debe olvidarse que es hombre.
Sí, Marqués; en su presencia
no me debo avergonzar,

y hasta fuera indigno ahogar
el grito de la conciencia.

LUISA. (Ap. á Julian)
¡Te llama!

JULIAN. Sordo al deber,
luchando contra mi sino,
en revuelto torbellino
quise mis alas tender,
soñando en mi fantasia
de la ambicion al arrullo,
poder mi insensato orgullo
cimentar en mi osadia.
Y hollé con mi inmundia planta
de mi hija el paterno amor,
inmolando en mi furor
la existencia de esta santa. (Por Luisa.)
Yo maté sus ilusiones,
su existencia acibaré,
y otro grito no escuché
que la voz de mis pasiones,
que al anidar en enjambre
donde el corazon faltaba,
yo á mi familia legaba
la afrenta, el baldon, el hambre
Ya que al fin el rubor venzo
que de confesar mi dolo
llegué á sentir, hoy tan solo
de publicar me avergüenzo
que yo por mi altivez loca,
para colmo de mi afan,
á mi familia hoy ni pan
puedo llevarle á la boca.
Si este llanto no consigo
que regenere mi ser,
estoy dispuesto á imponer
á mi falta otro castigo.

(Se oye dentro la tos nerviosa de una niña.)

LUISA. (Ap.) ¡Ay! ¡me asesina esa tos!

JULIAN. (Ap.) ¡Cielos!

LUISA. (Ap. á Julian.)

¿Oyes?

NIÑA. (Dentro.) Tengo frio.

LUISA. (Ap. á Julian.)

¡Julian!

JULIAN. (Ap.)

¡Dios mio! ¡Dios mio!

(Dirigiéndose á todos con sublime resignacion.)

¡Una limosna por Dios!

(Julian queda abatido. Enriqueta y Luisa enjugan sus lágrimas, y Ricardo y el Marqués en medio de su afliccion dejan reflejar en su semblante la alegría que experimentan por la redencion de Julian.)

MARQ. Su humildad en este instante destruye al fin mis enojos.

RIC. ¡Bien, Julian! Ahora á mis ojos te has levantado gigante.

Mis lágrimas son testigo de que bendigo tu nombre.

Ese es el padre, el buen hombre, ese, Julian, es mi amigo.

(Tendiéndole los brazos.)

LUISA. ¡Julian!

RIC. Del honor vé en pos.

JULIAN. ¡Ay, qué calma el bien ofrece, Luisa!—Ya hasta me parece que me ha perdonado Dios.

RIC. Al que en trabajos prolijos con sudor la frente exhibe, la tierra que le recibe le da pan para sus hijos. Á fin de evitar la saña de ese mundo corruptor, al amparo de mi amor saldrás conmigo de España.

JULIAN. ¿Tambien tú?

RIC. (Conmovido.)

Tus aflicciones quiero calmar... ¿Y qué hacer, si donde las vi nacer murieron mis ilusiones?

ENRIQ. (Ap. lorando.)

¡Infeliz!

MARQ. (Id.) ¡Yo me confundo!

JULIAN. (Id.) El amor su pecho inquieta.





1032883

— 92 —

- RIC. Adios, Marqués; Enriqueta...
(Abraza al Marqués, y al ir á tender los brazos á Enriqueta se contiene.)
- NO, que lo rechaza el mundo.
- MARQ. (Ap.) ¡Dios mio!
- LUISA. (Á Enriqueta.) ¡Qué agitacion!
- JULIAN. (Ap. al Marqués.)
¿Y la conciencia despues?
Yo he mendigado, Marqués.
- MARQ. ¡Hijo de mi corazon!
(Echándose en brazos de Ricardo.)
- RIC. ¡Ah! ¡gracias!
- ENRIQ. ¿No estoy soñando?
- MARQ. Por fin mi inquietud se amengua.
Cuando callaba mi lengua
la pena me estaba ahogando.
- JULIAN. Si; porque el hombre anhelante,
ante sus ojos abierto
contempla un vasto desierto
por el cual no vaga errante;
que aunque oculta al peregrino
su vida negro capuz,
tiene aqui el hombre (Al corazon.) una luz
para alumbrar su camino.
Luz cuya eterna presencia
pone al mal su ardiente sello,
luz, en fin, cuyo destello
viene de Dios, la conciencia.

FIN.

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo
inconveniente alguno en que su representacion
sea autorizada.*

Madrid 14 de Octubre de 1864.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.



Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
¡María!! ó la Emparedada.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista
de Ronda.

¿Que convidó al Coronel?..
¿Quien mucho abarca.
¿Qué suerte la mía!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómíne como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos*
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituido.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tibero!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre lino.
Una poetisa y su marido.
¡Un recital!
Un marido cogido por los cabe-
llos.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
¿A cual mas teo.

Clavevina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cefiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música*)
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*.)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*.)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatuá encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encautada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música*.)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo